

Una celebración de la escritura

POR LAURA RAFAELA GARCIA

García Guerrero, Ana

Ceridono, Emiliano

(Comp.)

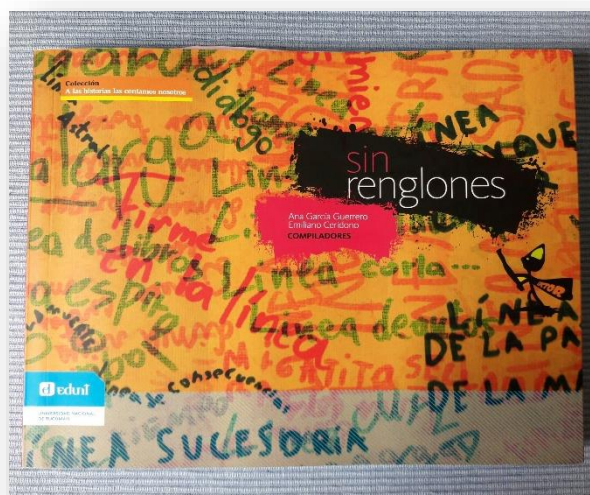
Sin Renglones

Tucumán

EDUNT

2016

227 Páginas



Una celebración de la escritura

Laura Rafaela García¹

La lectura como paso a la escritura es festejada en *Sin renglones* al posicionar a los chicos como escritores. El desafío que asumen los compiladores, Ana García Guerrero y Emiliano Ceridono, comienza con la coordinación de un taller literario en la librería de la Universidad Nacional de Tucumán, al que le sigue esta propuesta de publicación con firmas individuales y una marca transgresora común. Se trata del segundo libro de la colección “A las historias las contamos nosotros”, inaugurada en 2015.

¹ Dra. en Letras, becaria posdoctoral de CONICET.

La primera publicación se titula *Los lectores somos gente rara* y, allí confluyen la trayectoria local en talleres para chicos del Grupo Creativo Mandrágora con la voluntad editorial de la Universidad de “construir un espacio material y simbólico que piense la infancia desde la Universidad con la voz y la palabra de sus protagonistas” (García Guerrero y Ceridono, 2015, p.13). El nombre de la colección señala el gesto institucional que inscribe una instancia de apropiación de la palabra, la palabra de niños y jóvenes de 6 a 17 años que se ganaron un lugar diferente en un espacio tradicional. El primer libro, que cuenta con el prólogo de la Dra. Carmen Perilli, delinea las características de un lector como aquel que juega con las palabras un juego peligroso al que se anima infringiendo la normativa y liberándose poco a poco de la mirada escolarizada. Con la guía de los talleristas los chicos descubren que el lenguaje les ofrece otras puertas para expresar sus pensamientos, pero iniciar ese camino supone descubrir la variedad de matices y colores que exceden el mundo en blanco y negro. Las lecturas que entran al taller van midiendo las posibilidades pero no ahorran en riesgos –Borges, Poe y Monterroso también participan del taller. Con criterio estético las lecturas seleccionadas no están condicionadas por los prejuicios que reducen lo infantil y, entonces, los chicos descubren “una manera de vivir” en la literatura. Los relatos escritos revelan un cuidadoso proceso que avanza en las discusiones y se detiene en algunos detalles para prestar atención a las jugadas que en cada texto habilitan nuevos trucos. Acompañar a otros en la experiencia de la lectura y la escritura es el principal mérito de esta colección, que abre las reglas del juego para que hoy escuchemos lo que los chicos tienen para decir con sus maneras de mirar el mundo y de sentir lo que les llega más de cerca.

Sin renglones amplía la apuesta de escritura. En 2016 algunos escritores vuelven al taller y otros nuevos se suman a la lista de autores. Los coordinadores nos revelan algunas estrategias sobre cómo se habilita la palabra desde las lecturas y sobre los modos del taller para planear la escritura. En ese aporte la colección crece en una dirección que parece multiplicarse sin límites precisos, como se percibe en el primer prólogo que es encuentro y recapitulación. Ese espacio reúne las voces que dan identidad a una experiencia cultural transitada durante veintitres años por distintos talleristas que se sumaron a Mandrágora y sus variados proyectos fundadores de

espacios y subjetividades diversas. El segundo prólogo incluye la mirada de afuera. En “Saber, imaginar, escribir “sin la hoja Rivadavia”” la Dra. Analía Gerbaudo repone una secuencia de acciones fundamentales para la práctica de los escritores -y la de los talleristas de ahora y de antes- que juegan el juego de la literatura al poner el cuerpo junto con la palabra.

“El proceso de escribir en el taller es siempre desordenado; un taller es un lugar donde las cosas se están haciendo con su propia temporalidad” dicen los compiladores para presentar las escrituras. Eso da cuenta de la dinámica de encuentros, lecturas e intercambios que se suceden en ese espacio descolonizador del protocolo escolar y revelador de nuevos artificios con la palabra. Escribir “en hojas lisas, sin renglones, sin corrección de ortografía y sin escritura derecha” da cuenta de algunas de las condiciones para que se inicie la fiesta. El lugar de la escuela es repetado como el territorio de las normas rigurosas y el taller viene a ampliar las alternativas y a diferenciarse por instalar otros códigos, quitándole presión a la escritura que siempre parece ser evaluada y aprobada por el adulto. Las hojas de otros colores habilitan las decisiones de los escritores sobre los textos producidos que, más tarde, formaran parte de la publicación final. Como en toda fiesta, los modos del taller tienen sus rituales que vuelven más atractiva la participación en el momento de la escritura.

La mayor parte del texto reúne historias breves de diversos temas, que se distinguen por la forma en la que se traman las imágenes y las estrategias. El índice de títulos nos permite entreleer las formas de narrar la muerte, la enfermedad, las obsesiones, los vínculos, el amor, etc. con recursos que en interior de los relatos mezclan los difusos límites entre la realidad y la ficción, los juegos de palabras, la fantasía por sí misma, la metamorfosis y los efectos finales. Relatos que se suceden como poderosos ejercicios de apropiación y muestran que el mundo se amplía con la mirada de estos escritores. Como podemos leer en este fragmento de “Asma”, uno de los textos de Candela Villalonga de 11 años:

...La vida sería tan fácil para todos sin el asma...Hasta dormir.

Un asmático sabe siempre más de velocidades porque el ritmo de la respiración es como un control.

El asma no se ve. No se ve el aire peleando por entrar y salir, y no te creen porque no se puede probar. Entonces te portás bien, corrés y te agitás. Porque el médico dice: “Vida normal”.

Algo bueno por suerte hoy. Tus compañeros entienden, te cubren y aprendés un montón de estrategias. Pero es algo agobiante. El asma hace que todos los sentimientos sean mucho más fuertes. “Vida normal” dicen todos. Yo también, pero mucho más intensa (pp.52-53).

Este es un ejemplo de los más de ciento cincuenta relatos escritos por veintinueve autores que componen el libro. Un texto que muestra los posicionamientos de los chicos cuando se les da la palabra. *Sin renglones* nos ofrece al menos tres posibles direcciones de lectura: una es rastrear las escrituras por autor; otra, surge en el recorrido a partir del interés por diferenciar los textos de los más chicos de los de los más grandes porque adentro no figuran esas jerarquías, salvo en el listado de las edades; y una última, indagar algunas claves para descubrir cómo funciona un taller en las acotadas intervenciones de los compiladores.

Hacia el final del libro nos encontramos con “Las escrituras compartidas”, que incluye producciones escritas a partir de una consigna común de la que participan todos para crear una historia. “Se construyen oralmente, casi al ritmo del pensamiento, maravillosa cadencia que se parece a los momentos en que se escribe de un tirón. El proceso es una fiesta” (192). En esta zona del libro se descubren las claves lúdicas desde las que se transmite la literatura. La anécdota sobre uno de los juegos que desencadena la narración de la coordinadora de *El Aleph* al grupo de los más chicos, da cuenta de cómo intervienen las habilidades del tallerista como lector para explotar el clima creado. Esa situación espontánea da lugar a designar las tres cosas que cada uno vio en el Aleph y eso lleva al extremo el ejercicio de imaginar. Seleccione algunas de las propuestas:

Delfina: Vi una luna redonda que duraba todo el tiempo, un libro de agua que brillaba como si circulara y olí el olorcito del pan.

Julia: Vi el fuego y su fuerza, vi el agua y la calma, y todos los atardeceres de primavera.

Milena: Vi el miedo, vi el país con el que todos sueñan, vi los secretos más oscuros (pp.215-216).

Los textos potencian los alcances de las consignas, las listas funcionan como recurso que da lugar a una secuencia de relatos y nos revelan las singularidades de cada escritor para encontrar lo que puede descubrir con la palabra. Se puede resolver el mismo planteo desde la heterogeneidad de las escrituras. El libro cierra con un

inventario de los materiales empleados durante todo el año en el taller, un inventario que deja ver en la precisión de los números lo incalculable de la experiencia.

La lectura como puerta a la imaginación y la palabra como prodigio de la invención tienen lugar en este libro que es una celebración de la escritura protagonizada por las manos y las voces de los chicos. Un concepto amplio de escritura recorre la colección, desde las inscripciones que con dibujos ilustran y delinear una estética de trazos y colores hasta los cuidados de los manuscritos originales o sus versiones intervenidas por los propios autores. Detrás de los rituales de hojas lisas y de colores se percibe la intensa alegría de la experiencia compartida.

Podemos inscribir estas dos publicaciones de la colección en una serie de trabajos anteriores de Mandrágora que surgen en los primeros años de actividad del grupo y apuntan en la misma dirección. El primero es *Tomar la palabra. Propuestas alternativas en talleres de lectura para chicos*, donde Rossana Nofal y Ana García Guerrero (1996) exponen los postulados libertarios desde los que les interesa fundar el espacio del taller en relación con las escrituras de los primeros encuentros. El segundo es *En blanco y en negro* (2001), que cuenta a través de miles de escrituras una historia escrita por los chicos. Entre los elementos comunes: todas esas publicaciones cuentan con el apoyo de la Universidad y las últimas, de la colección “A las historias las contamos nosotros” estuvieron acompañadas por una performance protagonizada por los escritores. Al revisar el trabajo de estos años hacia el final de *Sin renglones* los compiladores agregan:

Mandrágora ha resistido, como muchos compañeros de áreas de la cultura provincial, los innumerables cambios políticos, sociales, críticos, coletazos globales, marchas y contramarchas de las instituciones culturales.

La infancia en todas sus arbitrarias geografías ha sido alcanzada por nuestra palabra que nombra una planta de altos poderes, capaz de reproducirse a sí misma, y que es para los hombres una imposibilidad arrancar.

Hemos plantado mandrágoras en el Hospital de Niños, en alta montaña, en la Casa Cuna y todas las instituciones que le continúan, en hogares transitorios, en red con fundaciones, en comedores, en escuelas públicas y privadas. En bibliotecas populares.

Nómades siempre, hemos mantenido nuestro cuartel central en los talleres anuales de los circuitos universitarios, espacio en el que este proyecto tuvo su génesis. Siempre vivimos literatura en tiempos de crisis (pp.217).

Podemos ver no sólo un breve recorrido sino también la sensibilidad de un modo de experimentar la literatura junto con la infancia. A partir de este caso significativo para la memoria local por la contribución a la formación de lectores durante décadas, los talleres literarios dan cuenta de una práctica cultural que tiene una importante tradición en nuestro país. La publicación de los escritos de los chicos como se lee desde esta práctica contribuyen a una experiencia de libertad que aún hoy sigue siendo una experiencia para pocos, porque no son muchos los adultos que se animan a aproximar a esta instancia a los chicos.

Referencias bibliográficas

García Guerrero, A. y Ceridono, E. (Comp.). (2015). Los lectores somos gente rara. Tucumán: EDUNT.

Nofal, R. y García Guerrero, A. (1996). Tomar la palabra. Propuestas alternativas en talleres de lectura para chicos. Tucumán: CIIJIL-UNT.

Nofal, R., García Guerrero, A. y Casacci, F. (2001). En blanco y en negro. Tucumán: UNT.